

4

SOCIEDAD DE  
CURSOS Y CONFERENCIAS

LA CRISE DE LA LITTÉRATURE  
ROMANESQUE EN FRANCE

CONFERENCIA  
DE  
GEORGES DUHAMEL

SÁBADO 12 DE DICIEMBRE DE 1925  
A LAS SEIS DE LA TARDE

*Residencia de Estudiantes*

---

---

*Tranvía: Hipódromo.*

*Entrada de coches: calle del Pinar.*



Dib de Emile Bécot

A disertar sobre un tema muy discutido también entre nosotros—el concepto de la novela, sus grandezas, sus decadencias—y al cual ha dedicado Georges Duhamel la atención de sus últimas publicaciones, viene ahora este escritor francés, aceptando la invitación de la Sociedad de Cursos y Conferencias. Se cumple con ello un íntimo deseo, lógico, que animaba a nuestra Sociedad desde sus comienzos: el de escuchar, dentro de los desnudos muros de la Residencia de Estudiantes, la palabra magistral, y desnuda también, de Duhamel, que es hoy el representante ejemplar de una actitud vital y literaria, caracterizada por el predominio de normas marcadamente asépticas y morales, como emanadas de un austero temperamento, sobremanera recto, compasivo y cordial.

Es, en verdad, Duhamel la figura más pura y más grata que, en los campos de la literatura, ha determinado la gran guerra. Duhamel era antes de la conflagración europea un escritor completamente definido y gustado por el núcleo más selecto de lectores; pero desde el momento en que las trágicas circunstancias le obligaron a descubrir una nueva faceta, la más interesante y poderosa, de su talento, logra la fama de Duhamel una plenitud que no deja de difundirse y agravarse con el tiempo. Un crítico tan probo como André Thérive, ha podido decir que "Duhamel está adquiriendo esa situación de gran europeo, que ocupa siempre un francés, y cuyo último titular ha sido Anatole France". No se ocultan las consecuencias que semejante gloria supone; por el momento, fuera quizá más discreto—y más tranquilizador—afirmar

que si Duhamel no ha conseguido todavía la popularidad de France, mantiene en cambio la adhesión de quienes no se deslumbran fácilmente por el plebiscito universal. La obra considerable de Duhamel impone hoy, por donde quiera, a los espíritus más exigentes, respeto, e inspira numerosos trabajos de exposición y comentario, a los que se suma ahora el libro que acaba de dedicarle César Santelli.

G. Duhamel nació en París el año 1884, y a la vida literaria en 1906, cuando el grupo unanimista abrió la vieja Abadía de Créteil, instalando en ella un falanstero de artistas y escritores que al poco tiempo se dispersó. Disociado Duhamel del grupo, fué acusando, cada vez más, su personalidad, mostrando en lo sucesivo su predilección por la psicología del individuo aislado y opuesto a la sociedad—sin que esto deje de evidenciar la importancia que para él tiene esa masa unánime, aunque sólo sea en su misión de acoso respecto al hombre desamparado y solo. En la Abadía, Duhamel compuso—incluso tipográficamente—su primer libro: *Des légendes, des batailles* (1907); después habían de venir otros, de verso, técnica y crítica poética, y de teatro, entre los que hay que citar: *La lumière* (1911), patético drama en el que unos ciegos clarividentes se sienten asistidos por su luz interior; *Dans l'Ombre des statues* (1912), donde el hijo de un hombre ilustre no logra destacar su personalidad de la sombra con que le cobija y le abruma la estatua paternal, y *Le Combat* (1913), amarga profecía de ingratitudes e injusticias.

Llegada la gran guerra, Duhamel, por su calidad de médico, se ve destinado a prestar servicio en una ambulancia. La magnitud de tan sangrienta carnicería le hace dudar allí de todo y comprobar que sólo hay ante él una cosa cierta: el dolor, con el cual lucha y convive a todas horas. Opera, venda, receta, y, a ratos, escribe. Sus cuartillas van reflejando una

nueva visión única y definitiva de la guerra: la que se imprime en este hombre de extraordinaria sensibilidad cordial, ávidamente inclinado sobre la dolorosa maceración de sus hermanos. En 1917 y 1918 publica sus dos libros principales de guerra: *Vie des Martyrs* (1914-1916) y *Civilisation* (1914-1917), que firma con el seudónimo de Denis Thevenin, y obtiene, en 1918, el premio Goncourt. Ya puede afirmarse que son éstas las dos mejores obras del extenso repertorio literario a que la guerra dió lugar. Escritas con un verismo directo y sobrio, sin patrioterías, ni "literatura", constituyen esos capítulos sueltos los cuadros más perfectos de la guerra y su más auténtico testimonio puntualmente referido por un "realista del alma" saturado de piedad, en quien predomina un sentimiento fraternal, eco de aquel cristianismo tolstoyano que gustaba de divinizar el bien.

Duhamel anhela poseer la tierra por amor, y formula su deseo en *La possession du monde* (1919). La guerra le ha enseñado a encontrar al hombre; ya no le dejará de la mano. Así los ecos posteriores: *Entretiens dans le tumulte, Lapointe et Ropiteau, Elégies* (1919), *Guerre et Littérature* (1920), *Les hommes abandonnés*, con la multitud que los ahoga creando el mito; *Confession de minuit, Deux hommes* (1924). Llámese Salavin o de otro modo, el protagonista de Duhamel es siempre un *pobre hombre*, un desgraciado, víctima del "acto gratuito", un pelele movido por misteriosos resortes subconscientes, cuya disección realiza Duhamel, poniendo en carne viva su pobre tupida malla inconfesable. No hay que decir que contribuye a ello toda su ciencia de médico y la técnica literaria de un Dostoiewsky. Pero lo hace sin crueldad: buscando al hombre en sus gérmenes, cuando analiza la psicología infantil, a ras de tierra, en *Les Plaisirs et les Jeux* (1922) o la constante humana, en exóticos confines, como cuando escribe *Le Prince Jaffard* (1924).

Ahora está publicando, en el "Mercure de France": *La Pierre d'Horeb*. No es posible citar cada una de las obras de este autor, ni omitir tampoco, en la parte teatral: *La journée des aveux* (1924).

La obra copiosa de Duhamel sostiene, a lo largo de su variedad, una nota idéntica que viene repitiéndose con la tenaz insistencia de un remordimiento. Es el reproche magistral de este certero cirujano del alma que nos asoma al corazón del hombre con sólo descubrirle brevemente. Duhamel muestra y no comenta; aporta escuetamente su testimonio y escribe sus historias, — cómo muere uno de sus protagonistas: "sans faire des histoires". Pero, al hacerlo, su sonrisa no consigue ocultar toda la apremiante tristeza que tiene el gesto, como tampoco oculta la insuficiencia de los recursos que, a falta de esperanzas concretas, propone para restañar tanto mal.

BALLADE  
DE FLORENTIN PRUNIER

Il a résisté pendant vingt longs jours  
Et sa mère était à côté de lui.

Il a résisté, Florentin Prunier,  
Car sa mère ne veut pas qu'il meure.

Dès qu'elle a connu qu'il était blessé,  
Elle est venue, du fond de la vieille province

Elle a traversé le pays tonnant  
Où l'immense armée grouille dans la boue

Son visage est dur, sous la coiffe raide;  
Elle n'a peur de rien ni de personne.

Elle emporte un panier, avec douze pommes,  
Et du beurre frais dans un petit pot.

•

Toute la journée, elle reste assise  
Près de la couchette où meurt Florentin.

Elle arrive à l'heure où l'on fait du feu  
Et reste jusqu'à l'heure où Florentin délire.

Elle sort un peu quand on dit: «Sortez!»  
Et qu'on va panser la pauvre poitrine.

Elle resterait s'il fallait rester:  
Elle est femme à voir la plaie de son fils.

Ne lui faut-il pas entendre les cris,  
Pendant qu'elle attend, les souliers dans l'eau?

Elle est près du lit comme un chien de garde,  
On ne la voit plus ni manger, ni boire

Florentin non plus ne sait plus manger:  
Le beurre a jauni dans son petit pot.

Ses mains tourmentées comme des racinés  
Etreignent la main maigre de son fils.

Elle contemple avec obstination  
Le visage blanc où la sueur ruisselle.

Elle voit le cou, tout tendu de cordes,  
Où l'air, en passant, fait un bruit mouillé.

Elle voit tout ça de son œil ardent  
Sec et dur, comme la cassure d'un silex.

Elle regarde et ne se plaint jamais:  
C'est sa façon, comme ça, d'être mère.

Il dit: «Voilà la toux qui prend mes forces.»  
Elle répond: «Tu sais que je suis là!»

Il dit: «J'ai idée que je vais passer.»  
Mais elle: «Non! Je veux pas, mon garçon!»

•

Il a résisté pendant vingt longs jours,  
Et sa mère était à côté de lui,

Comme un vieux nageur qui va dans la mer  
En soutenant sur l'eau son faible enfant.

Or, un matin, comme elle était bien lasse  
De ses vingt nuits passées on ne sait où,

Elle a laissé aller un peu sa tête,  
Elle a dormi un tout petit moment;

Et Florentin Prunier est mort bien vite,  
Et sans bruit, pour ne pas la réveiller.